

JULIA DE BURGOS

LA "LEYENDA NEGRA" Y EL CÁNTARO ROTO DE SU CANTO

Marcos Reyes Dávila

El centenario de Julia de Burgos ofrece la espléndida oportunidad de reencontrarnos con algunas de las fracturas más ardientes de nuestra historia y de reconstruir el cántaro roto de nuestras utopías deshechas. Me refiero a que la historia de Julia remeda en varios sentidos la pasión y la agonía de un país quebrado hasta el hueso, y aunque caído del pedestal de los sueños truncos, distendió sus pedazos por el Atlántico, desde España a Cuba, de Dominicana a Nueva York. (Esta es la Julia que yo veo hasta en mis sueños.) El cántaro roto de su canto ha tenido desde entonces algo de aquella seducción de las sirenas griegas: una poderosa atracción que susurra en lo oscuro por encima de las sombras de la noche como una constelación insomne, y un toque súbito e inesperado que nos sobrecoge, así, de pronto, y a pleno sol hiere en el rostro una sonrisa aturrida que no sabe cómo, de dónde ni por qué. Nos sorprende la capacidad de convocatoria que ha mostrado su nombre en este centenario, acaso sólo superado por el centenario y sesquicentenario de Eugenio María de Hostos. No obstante, vemos en el centenario de Julia un repicar de campanas que se activan espontáneas a su llamado por todas partes, como nunca antes en la historia de Puerto Rico. Se diría que para muchos puertorriqueños Julia nos ubica de frente con el "recuerdo de un amor profundo", como decía Gautier. De modo que este centenario se está constituyendo en un acontecimiento histórico memorable. Y si esos pedazos del cántaro roto de su canto han llegado a playas lejanas, es porque la voz de Julia enhebró sus tonos allá en lo hondo, donde se fraguan los sentires de lo entrañable y donde, de playa a playa, nos



reconocemos hermanos. En primer lugar por la universalidad indefectiblemente solidaria de su "verdad sencilla", tomada por su propia mano de los surcos heridos de la patria, y de la acción militante y combatiente que caracterizó su vida entera.

En Julia hay una poda de máscaras caídas en la brecha, de grito de trinchera y de clamor de surcos, de revelación del rostro verdadero de la vida desgarrada por las fuerzas del imperio y por las fuerzas de esa burguesía voraz que intentamos ignorar como avestruces mientras no nos robe el retiro y el empleo. Esa actitud de reconocimiento la sacó de la caverna de las sombras y la expuso a la

luz. Allí sucumbió como una campana quebrada. No es casualidad que la Julia del nacionalismo albizuista y de la patria irredenta, esa Julia que simpatizó incluso con el comunismo y con las redenciones obreras tiznadas de colores oscuros en todo el Caribe, sintiera en su alma los desgarros de la España comida por los buitres del fascismo durante la guerra civil, y de la dictadura trujillista en la hermana República Dominicana. Ni es casualidad que esa Julia con la quilla armada de proa a popa se lanzara a amar, desatada y absolutamente libre y segura de su fuerza, en el mundo patriarcal, con la misma libertad de los pájaros de la vega y con el libido desinhibido de las aguas de su río. Julia desató con su vuelo su propio vendaval de murmullos de incompreensión en la colonia, esa "bandada de la comida" atada a tierra de la que hablaba Richard Back en "Juan Salvador Gaviota". Con lo que no contó Julia fue con la fuerza centrífuga de sus propias pasiones, ni con un pecado original, embotellado, acaso heredado de su padre.

La leyenda negra

De la leyenda negra de Julia de Burgos urge hablar, aunque no lo queramos, y aunque en principio sea, además de ingrato, impertinente e innecesario. No lo quería tampoco el inmenso poeta Pedro Mir a la hora de escribir un hermosísimo opúsculo poético –de diez poemas– dedicado a Julia que tituló “A Julia sin lágrimas”. Quien escribe estas líneas desarrolló el tema en octubre de 2014 en la Universidad Autónoma de Santo Domingo como parte del Gran Homenaje de la UASD a Pedro Mir en su centenario.¹ A Julia no hay que llorarla, dice Mir, para rechazar de manera contundente tanto la actitud, ante Julia, de la censura de mojigatos como la de la lástima. “Definitivamente no”, y “por las razones del inmovible no”, dice. Por eso el título del poema, que refleja fielmente la concepción central del mismo: “sin lágrimas”. Ni censura ni lástima: a Julia hay que celebrarla. Las actividades conmemorativas del centenario de Julia de Burgos que se celebran en la República Dominicana han reproducido nuestro enfoque, de modo que oficialmente, se celebra a Julia “sin lágrimas”. Otro tanto hizo ya antes y rehace desde España, La Discreta Academia. Creemos que no es sólo en atención a Pedro Mir, cuyo centenario se celebró el año anterior. El Dúo Darias nos descubre el mar de La Habana que brilla sus claroscuros en *El mar y tú*. Pero Mir nos dio una lección de dignidad con una corrección de enfoque que es racional y asertiva. La biografía de un autor es un asunto marginal a la obra, que es, en última y en primera instancia, lo que debe importarnos como herederos del legado cultural. Lo contrario transita en la práctica de manera paralela a la falacia *ad hominem*, esa que pretende cancelar un argumento, no en sus méritos racionales, sino a partir de la persona que los formula. Si se hiciera con otros autores lo que se hace con Julia, ¿qué quedaría de ellos, aún cuando sean hombres?

No se trata de negar los hechos que desembocaron en la muerte de Julia de Burgos, una poeta “malograda”, como se decía antes, para aludir a una muerte prematura ocurrida de manera imprevista quizás, tras sucesivas hospitalizaciones. Julia murió a los 39 años. Julia murió agobiada por una cirrosis hepática y otras dolencias provocadas por el alcoholismo. (Una autopsia podría despejar dudas e inquietudes.) La leyenda negra, que es una tergiversación que distrae con sus engaños, se ciñe mórbida sobre ella, como los buitres, para juzgar en términos de una moralidad caduca y doméstica los derroteros de sus últimos años. Que eso se hiciera a mediados del siglo pasado es, quizás, comprensible. Pero que se haga hoy, por una profesora universitaria, mujer y poeta, revela una ausencia de juicio que me parece que insostenible. Me refiero al libro de

Mayra Santos Febres, *Yo misma fui mi ruta. La maravillosa vida de Julia de Burgos*.²

Para empezar, Julia fue y no fue una mujer de su época. Con ello quiero significar que si bien fue por necesidad una mujer de su tiempo, vivió y luchó de manera contestataria, en reto a la doble moral de pueblo chico que juzga a la mujer de manera diferente al varón, y en reto a los convencionalismos sociales incapaces de apreciar positivamente toda heterodoxia. No fue mujer a la que un señorito o un cualquiera pudiera poner en huida la mirada o hacerla bajar la cabeza. No fue una creación decorativa de una burguesía rancia, sino compañera de mesa de trabajadores y braceras. Además, Julia fue una mujer ideológicamente de vanguardia, políticamente comprometida, primero con el nacionalismo albizuista y luego con las luchas del movimiento comunista internacional. Ello hace de Julia no sólo la poeta nacional, sino también la poeta de las Antillas, y parte de una grandeza de carácter que sólo pueden sostener, contra la marea de innumerables oposiciones, las almas más recias. Esa fortaleza está paradójicamente presente incluso en los desamparados versos de su testamento poético, despedida escrita con ironía conmovedora y en inglés: “*Farewell from Welfare Island*”. Sin embargo, esa grandeza se utiliza para juzgarla negativamente por quienes la desearon, y aun desean verla, sometida y humillada.

Los biógrafos dan crédito a evidentes falacias en torno a Julia. Hay quien afirma que de niña fue abusada por su padre, o *iniciada* “en las experiencias eróticas”, aunque su conducta y su obra no refleje un ápice de ello, y el tajo del comentario en el discurso biográfico resulte incoherente. Hay quien afirma que el doctor Juan Isidro Jimenes Grullón la drogaba con morfina para someterla a abusos sexuales (Santos, 149), cosa verdaderamente inverosímil en una mujer de tanta categoría y dignidad, ajena por completo a la conducta pusilánime. Mas el lenguaje mismo que utilizan los biógrafos está cargado previamente de pecado y de ese murmullo de convento que le huye a la luz de la verdad. Así se habla de la “amante de Bosch” con quien compartía un cuarto en La Habana, o de que Julia no fue sino “la amante de turno” de Jimenes Grullón. Así se dice como chisme de barrio, el de “las malas lenguas” a lo Mirta Silva, el de la especulación arriesgada con un “quizás” de cuello blanco y oficina de academia, que Julia se bañaba “desnuda” en el río, como hizo, junto a su madre, durante toda su niñez y como hacían miles de puertorriqueños en ese entonces cuando se carecía de agua potable en los hogares y se lavaba la ropa en el río. “O bajo cualquier chorro de agua que cayera de un zaguán” (Santos, 102), se añade. Toda la vida de Julia a su regreso

¹ Véase el trabajo publicado en *80 GRADOS*, el 15 de noviembre de 2013; también en el portal www.lasletrasdelfuego.com.

² Cf. Mayra Santos Febres, *Yo misma fui mi ruta. La maravillosa vida de Julia de Burgos*, Carolina, Municipio de Carolina, 2014. Las citas subsiguientes entre paréntesis pertenecen a este libro.

a Nueva York la reduce a la embriaguez y la postración: “Así pasó los últimos once años de su vida en la ciudad de Nueva York” (Santos, 162), aunque unos párrafos adelante se reseña la intensa actividad que como escritora y periodista desempeña en 1943 en *Pueblos Hispanos* (Santos, 163), la estadía en Washington, casada con Armando Marín y trabajando en la oficina del Coordinador de Asuntos Interamericanos (Santos, 165), la publicación premiada en 1945 de su ensayo “Ser o no ser es la divisa”, publicada en el Seminario Hispano de Nueva York, y, aunque Santos no lo menciona, participó también, en 1951, en un programa radial en homenaje a Luis Lloréns Torres.³

La estrechez de enfoque de muchos biógrafos acechó, y acecha aún, a Julia, quizás por el hábito de repetir sin reflexión y estudio, o quizás porque la moral doméstica y provinciana todavía es muy fuerte entre nosotros. Mas me parece que la causa principal de este acecho es que Julia vivió de manera contestataria, y que eligió llevar una vida auténticamente decorosa e independiente, consciente de su valer como ser humano. Las experiencias vividas, las penas amorosas, el desenlace de su romance con Juan Isidro, no explican ni justifican su tragedia. Su tragedia estaba en su sangre, en su biología: la propensión al alcoholismo, probablemente heredada de su padre. Ese hecho, que es importante registrar para un biógrafo, el único verdaderamente significativo, fue enterrado para hacerlo emerger a su regreso a Nueva York y vincularlo así con el fracaso romántico con el intelectual y político dominicano en un charco de lástima. Una lectura de las biografías sugiere que Julia se intoxica con la bebida desde su salida de Puerto Rico, y que el enigmático episodio sufrido cuando viaja de Nueva York a Florida para dirigirse a La Habana podría haberse debido a eso. Jimenes Grullón le reprocha a Julia su uso de la bebida en La Habana.

Creemos que no debería haber espacio para eso en una biografía que fue escrita “en lenguaje de pueblo” (Santos, 22), y que se deseaba “seria y bien documentada” (Santos, 11). Hay errores *imperdonables* que saltan a la vista, como decir que Gabriela Mistral era argentina y Alfonsina Storni chilena (Santos, 185). La investigación en esta obra no se aleja del eco de aquellas voces que vienen arrastrando por más de medio siglo, ya sea la censura enmascarada de su moral doméstica y machista, o ya sea la lástima, las mismas voces que rechaza Mir. Los “trabajos consultados” se limitan a ocho autores y once títulos. Cuando se habla, por ejemplo, sobre el expediente académico de Julia y se citan expresiones de profesores (Santos, 54), las citas están

tomadas del libro de Juan Antonio Rodríguez Pagán, *Julia en blanco y negro*,⁴ no de las fuentes originales, y están atribuidas erróneamente.⁵ Si Santos Febres se propone contar la biografía de Julia, “sin pretensiones académicas”, de manera novelada, algo hace, y ello podría justificar la ficción. Incluyo en este renglón de ficción el alegado espiritismo en Julia, que en mi opinión era bastante materialista, tal como corresponde con una simpatizante del materialismo dialéctico. Según Santos Febres, Julia, como los grandes poetas que “se conectan con otros planos de la vida”, cree en “otras formas de vida que conviven con nosotros” (Santos, 47). Rodríguez Pagán, en cambio, que es la fuente de Santos, cuando se refiere a la colaboración de Julia con un centro espiritista de Hato Rey, dice que lo hace “con el propósito de disfrutar del chocolate, las galletas y el queso que reparten”, del mismo modo que visita regularmente la panadería “La Euskalduna” porque regalan “el pan que sobra” (Santos, 59). Lo que sí es un monstruo que la persigue y convive con ella, constantemente, es el hambre y la pobreza. El libro de Santos no es sino un resumen, fundamentalmente, del libro *Julia en blanco y negro*, de Rodríguez Pagán, con breves comentarios de otras fuentes y propios. Su mérito mayor es, pues, la brevedad, útil para quien se apura. Lo que no cabe es que Mayra Santos Febres diga, al finalizar su libro, que la obra de Julia responde a vertientes de otros “saberes y bellezas populares como lo son la del espiritismo”, ni mucho menos que se sostenga que al celebrar el centenario de Julia “celebramos la ruta que hemos elegido como país” (Santos, 189). Esta última afirmación, particularmente, es una negación radical de la obra de Julia y de sus sueños y luchas nacionalistas y anticoloniales, libertarias y proletarias. Tengo la esperanza de que la manera como se enciende en todas partes el nombre de Julia en este centenario sea el desenmascaramiento que nos la dé plena de vida, finalmente. A ello contribuyen, en convergencia con las iniciativas de tantos sectores y personas, las de la Comisión Nacional del Centenario, el Festival Internacional de Poesía en Puerto Rico y el Municipio de Carolina. El Municipio de San Juan promete organizar un extraordinario cierre del año juliano. Predomina en el discurso público que oímos, me parece, la imagen de una Julia recia, combatiente y creadora: “sin lágrimas”. Sorprende su ascenso dramático y célere, como luz de bengala en la oscuridad de la noche, así como la penosa caída de un ser prematuramente consumido por su propia luz. Su verso sigue intacto en el río abonando surcos y peregrinando mares. ■

³ Cf. Juan Antonio Rodríguez Pagán, *Julia en blanco y negro*, Sociedad Histórica de Puerto Rico, San Juan, 2000, p. 386.

⁴ Juan Antonio Rodríguez Pagán, op. cit.

⁵ En la página 54, Santos Febres atribuye a los profesores de Julia, Milán y Rosario, unas expresiones que pertenecen a Rodríguez Pagán. La cita imaginada: “demasiado huraña y poco comunicativa, ensimismada, encerrada, que rehúye el trato social”, yuxtapone dos expresiones separadas de Rodríguez Pagán, hechas en las páginas 53 y 54 de su libro *Julia en blanco y negro*.

Marcos Reyes Dávila (Puerto Rico, 1952). Escritor puertorriqueño, con Maestría en Literatura Iberoamericana de la Universidad Nacional Autónoma de México. Es Catedrático de Lengua y Literatura en la Universidad de Puerto Rico en Humacao y Director-editor de la Revista *EXÉGESIS*. Fue director del Instituto de Estudios Hostosianos (UPR-Río Piedras). Entre sus libros, cabe citar: *Pájaros de invierno* (1978); *Goyescas* (1980); *Estuario* (1981); *Hasta el final del fuego. Guajana: treinta años de poesía* (1992); *Hostos, las luces peregrinas* (2004), y *Una lluvia tan grande de campanas* (Compilación de seis libros, 2002).